

Por lo demás, hizo sin objeto aparente algunas preguntas á Cosette, cándida como una paloma, y sin recelar nada. Le habló de su infancia y de su juventud, convenciéndose cada vez más de que el presidiario había sido, respecto de Cosette, todo lo bueno, paternal y respetable que cabe en una criatura humana. Cuanto Mario había entrevisto y supuesto era verdad. Aquella ortiga siniestra había amado y protegido aquel lirio.

## LIBRO OCTAVO

### EL CREPÚSCULO DE LA TARDE



## EL PRIMER PISO

Al día siguiente, cuando empezaba á obscurecer, Juan Valjean llamó á la puerta cochera de la casa del señor Gillenormand. Vasco le recibió, encontrándose allí como un exprofeso y por orden de alguno. A veces basta con decir á un criado: «Espera á fulano».

Vasco, sin aguardar á que Juan Valjean se adelantase hacia él, le dirigió la palabra:

—El señor barón me ha encargado que os preguntase, si queréis subir ó quedaros abajo.

—Quedarme abajo,—respondió Juan Valjean.

Vasco, respetuoso como siempre, abrió la puerta de la sala baja y dijo:

—Voy á avisar á la señora.

La habitación en que Juan Valjean entró era un primer piso abovedado y húmedo, que servía á veces de bodega, y que daba á la calle, con el suelo de ladrillos encarnados, y una mala ventana que permitía apenas el paso á unos míseros rayos de luz al través de los barrotes de hierro.

No era este cuarto de los que el zorro, el plumero y la escoba molestan. El polvo yacía allí tranquilo. Las arañas campeaban libremente. Una hermosa tela, desplegada con lujo, muy negra, y con adornos de